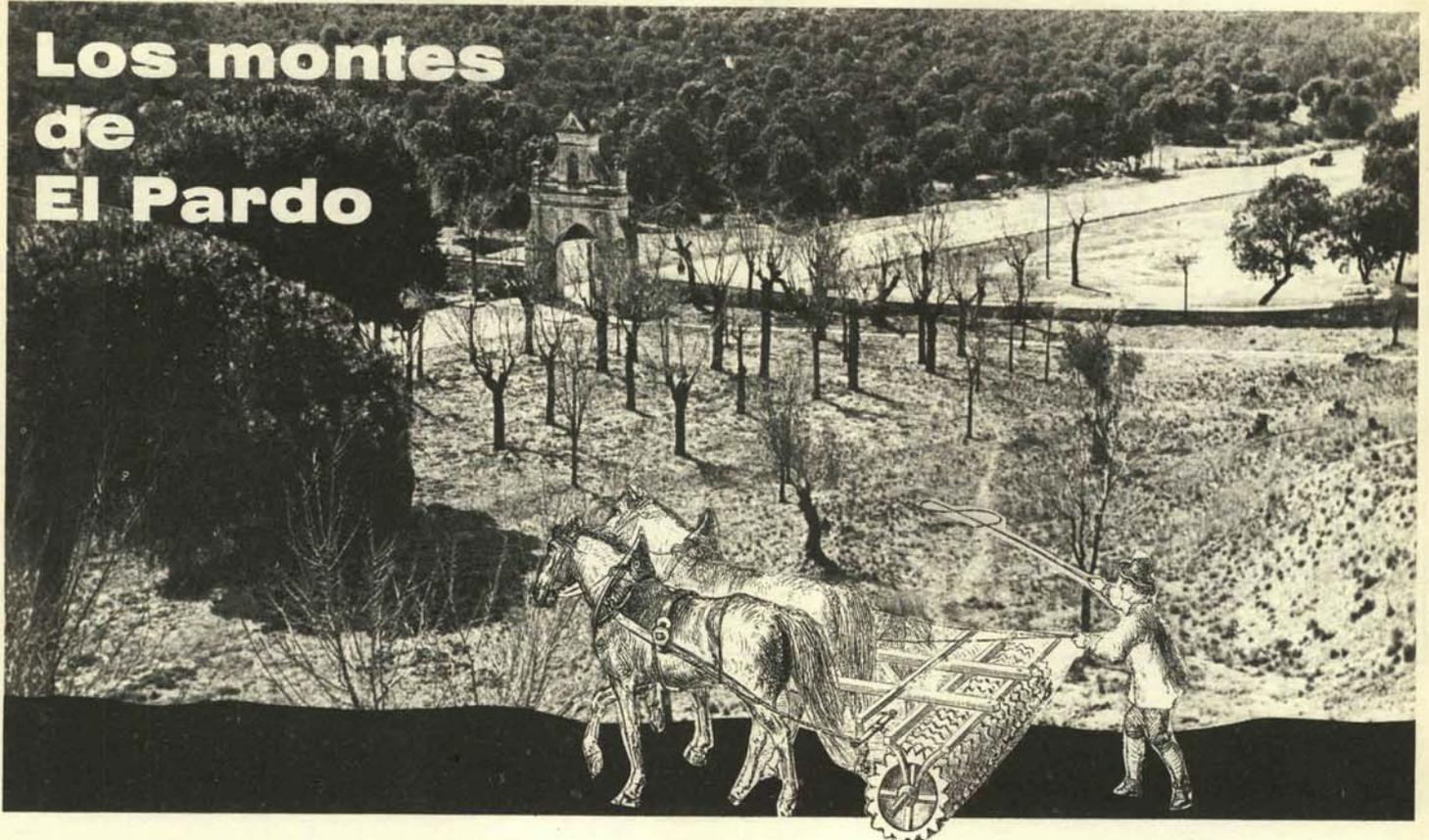


# EL LOBOPARDO DE LA SEMANA

## Los montes de El Pardo



## La protesta de Caperucita

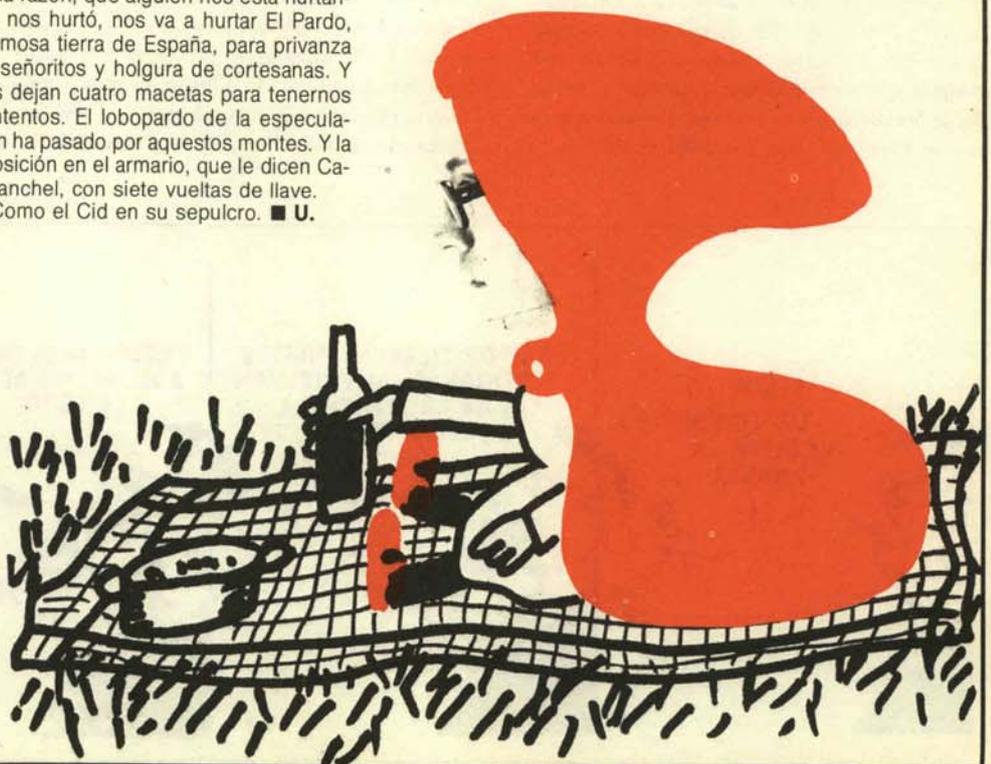
**D**ECIAN que era un lobopardo, y otros que no, que sería un gato pardo, de modo que le preguntamos a don Tomassi de Lampedusa y dijo que nones. No era un lobo pardo, sino un lobo que se había visto por los montes del Pardo y que quiere quedarse con todo el terreno como quien dice, dejando sólo al personal madrileño una pequeña parte para que lo disfrute y lleve allí los niños a mear y comer hormigas.

Lo cual que el rojo, asomándose por el montante del armario, que es una astucia que se ha buscado ahora (la izquierda no descansa en este país y obstruye el proceso democratizador), el rojo, digo, nos explicoteó que la primera República liberó el Retiro para el pueblo de Madrid, y la segunda República la Casa de Campo, que aunque sólo fuera por estos detalles ya estaban justificadas ambas Repúblicas, aparte otras justificaciones que se sabe el señor Tuñón de Lara. Y que lo menos que podían hacer ahora era liberar El Pardo y dejárselo al buen pueblo para que lo disfrute, lo viva, lo respire y lo alegre, que lo que hay en España es de los españoles y debemos seguir el ejemplo de aquellas santas Repúblicas.

—¿Y quién te ha dicho a ti que ahora viene otra República, borrachón, ugetista, que estás hecho un Fermin Salvoechea, mamón ácrata, liberalote, descreído? —le cortó la abuela, dándole grandes puñadas

y puñetes hasta meterle dentro del montante.

Pero me quedé pensando que el rojo tenía razón, que alguien nos está hurtando, nos hurtó, nos va a hurtar El Pardo, hermosa tierra de España, para privanza de señoritos y holgura de cortesanas. Y nos dejan cuatro macetas para tenernos contentos. El lobopardo de la especulación ha pasado por aquestos montes. Y la oposición en el armario, que le dicen Carabanchel, con siete vueltas de llave. Como el Cid en su sepulcro. ■ U.



## La regañina de la abuelita

**E**L rojete del armario temblaba como un condenado y lo veía gacho y melancólico, y yo me dije, tate, que el anarcosindicalista se nos va de perlesía o de tercianas, si es que no le agarró el mal

gálico, pero llegó la Caperuza y me dijo, quita allá, abuelita, que el ilegal está nada más que iracundo porque ha leído lo de las novecientas hectáreas de El Pardo que les dan a los madrileños, y el monte tiene doce mil o dieciocho mil, que en esto no se ponen de acuerdo los eruditos, se conoce que ni ellos han visto el monte. Altruismo se llama esa figura, gimió el terrorista desde la alacena, que El Pardo es como diez veces la Casa de Campo y ya empiezan a regatearnos lo que es nuestro, de los rojos también, porque antes tenía la hipoteca providencial y los gamos morían de tanto respirar trascendencia, como cuando los Trastámara, y había un tal don Dugesclín que era como el señor Fuertes de Villavicencio, que decía ni quito ni pongo monte, pero ayudo a mi señor. Calla, lenguaraz, le dije, que el pece por la boca perece, y la Cape-

ruza me dijo: Abuela, hija, que aquí el marxistoide dice bien, que el propio lobo está que se echa al monte por la escandalosa restricción de jara y cantueso, alameda y encinar, y yo le dije que el de la horda era levantisco, y que allí iban a hacer un museo, pero no de arte, que está prohibido, porque Murillo era pornógrafo y a Velázquez no le gustaban los reyes ni en pintura, y que seguramente harían un club de Puerta de Hierro y un tiro de pichón de Somontes, y las torres de Colón, y que el capitalismo financiero sabe lo que tiene que hacer mejor que el rojo, que es un devastador de imperios. Ay no abuelita querida, me dijo la nena, que se prefigura un despojo, y quiera Dios que no pongan allí mano los de ICONA, que empiezan los incendios, que son unos cenizos esos hombres. Y el rojo daba golpes en el armario y voceaba que él no quería novecientas hectáreas que las quería todas, y que si estuviere de alcalde don Pedro Rico que además de ser gordo y fumar puros era republicano, más hectáreas habría. ■ L.



## La perdigonada del cazador

**L**A Primera República nos ofreció el Parque del Retiro, la Segunda República nos abrió las puertas de la Casa de Campo; lógicamente a la Tercera República, para no ser menos, le toca regalarnos los Montes del Pardo, pero como este extraño bolo alimenticio-político que hay ahora no es una república sino un reformismo atrincherado, un juego de las cuatro esquinas, una alucinada quisicosa gradual y sin ruptura, resulta que aquí no regalán nada. Aunque por otra parte también es verdad, ahora que caigo, que nadie pide regalos ni favores porque, bien mirado, los montes del Pardo son propiedad de todos los españoles y más en concreto del pueblo de Madrid. De sus doce mil hectáreas, que vienen a ser como ciento veinticinco parques del Retiro, se dice que van a abrir al público sólo una parcelita para que el personal estire las piernas y nadie murmure que la dichosa voluntad perfecta del Régimen no es cosa seria. El resto, que es como quien dice todo, de momento va a quedar cerrado a cal y canto, envuelto en un silencio espeso y administrativo.

Una cosa debe quedar clara. Millones de tiernas caperucitas tienen derecho a correr y saltar por ese bosque, millones de dulces abuelitas tienen derecho a hacer calceta sentadas al pie de sus innumerables encinas, el lobo doméstico y colectivo tiene derecho a pasar la tarde en esos montes comunales ofreciendo tiernos rábanos a las manadas de gamos y ciervos en son de paz. No me gusta ser un rompeguitarras ni ejercer el oficio de aguafiestas, pero el asunto se ve venir. Los del vulgo municipal y espeso tenemos una gran jurisprudencia de

gato escaldado y ya estamos con la mosca en la oreja. No sería raro que algún lobo privado, experto en cotos, en privilegios o en clubs selectos con alta cuota de entrada, intentara convertir a la abuela y a caperucita en dos furtivas. Me estoy oliendo la tostada. Ya me veo yo a la caperuca troskoerótica y a la abuela proustiana, que muy poseidas de sus derechos forestales, cogen la merienda y van a refocilarse a los montes del Pardo y entonces les sale al paso un lobo disfrazado de portero de club, me las agarra del pescuezo y las arroja fuera de la alta y ruda tapia. No es por nada, pero uno teme que la abuela y la caperuca tendrán que comer por mucho tiempo la tortilla dominguera de patatas fuera de la alambrada. Eso o les da la ventolera y se apuntan a la Tercera República. ■ V.

